

JUAN LUIS GONZÁLEZ

EL LOCO

LA VIDA DESCONOCIDA DE
JAVIER MILEI Y SU IRRUPCIÓN
EN LA POLÍTICA ARGENTINA

JUAN LUIS GONZÁLEZ

LOCO^{EL}

LA VIDA DESCONOCIDA DE
JAVIER MILEI Y SU IRRUPCIÓN
EN LA POLÍTICA ARGENTINA

Espejo de la Argentina  Planeta

Índice

Prólogo	11
1. El lado oscuro del Luna	17
2. El lado oscuro del Luna II: de barrabravas y asesinos	23
3. Abran paso: llegó Javier Milei	31
4. Hola a todos	39
5. “Hay que cortarle la cabeza”	45
6. “Dale una mano a Javier”	53
7. “La misión”	65
8. “La misión” II	73
9. Dios en el bolsillo	87
10. Rugió la bestia	97
11. 2021	109
12. ¿Avanza la libertad?	123
13. El rincón del vago	139
14. El negocio de la casta	151
15. ¿Por qué?	165
16. Los pecados del padre	201
Epílogo	211
Bonus track 100% barrani	217
Agradecimientos	237

1

El lado oscuro del Luna

Gastón es de Santa Fe y trabaja en una pinturería por el centro de la ciudad. Su padre tiene un taller mecánico y su mamá es cajera en una farmacia. Como la mayoría de los jóvenes de veintipico, apenas tiene algunas cosas claras en su vida. Una de ellas es que se piensa y se siente libertario.

Nació a mediados del 2001, cuando el país estaba por prenderse fuego. Desde que tiene memoria, para él el Estado y los que lo manejan no son una fuente de soluciones sino más bien lo contrario. En el 2015 su papá tuvo que cerrar el taller porque le faltaba una habilitación que pedía la municipalidad y, en el año y medio que tardó en volver a abrir, la familia la pasó mal. Los índices de inflación, de los únicos que tiene memoria, arrancaron siempre con dos dígitos y con un dos adelante.

Por eso es que en el 2020, cuando la cuarentena obligó a su papá a cerrar el taller y a la familia a depender del sueldo de la mamá, Gastón empezó a prestarle más atención a las “ideas de la libertad” y a seguir los videos de influencers como Emmanuel Dannan, “Es de Peroncho” y “Tipito Enojado”. Mediante las redes sociales entró en contacto con algunas personas que pensaban parecido, y antes de fin de año ya se había afiliado al Partido Libertario. Gastón estaba contento: por primera vez creía en un proyecto político, por primera vez compartía asados, encuentros y volanteadas con jóvenes de su edad que pensaban parecido y querían las mismas cosas.

Esa adrenalina de colaborar en un proyecto colectivo iba a llegar a un pico en el 2021. El “peele” estaba en franca expansión, y para fin de ese año iba a tener juntas promotoras, el paso previo a constituir un partido reconocido por la ley, en 18 provincias. Pero, sobre todo, habían encontrado un referente, un candidato que decía lo que ellos decían, que pensaba lo que ellos pensaban y que prometía traer votos. Era Javier Milei, al que habían afiliado al espacio a principios de 2019. Y ahora llegaba el turno del debut político del león en las elecciones legislativas.

Por eso es que Gastón no dudó en ir al lugar de los hechos. Durante el primer semestre del 2021 ahorró plata, la poca que le sobraba del sueldo, como para poder cubrir el viaje y la comida durante dos fechas: el 12 de septiembre y el 14 de noviembre. La primera jornada, la de las PASO, fue una fiesta. “El día más feliz de mi vida”, dice Gastón. Llegó temprano a Retiro, y por orden del partido estuvo fiscalizando en una escuela de la Villa 31.

En los días previos al viaje Gastón no habló de otra cosa. La información que llegaba de Capital Federal era siempre la misma: Milei iba a sacar alrededor de siete puntos. Ocho era un excelente resultado, y arriba de los dos dígitos directamente un milagro, de esos que no suelen suceder en estas latitudes.

Esa sensación era la que compartían todos en la campaña. Por eso fue que, cuando terminaron de contar los votos de la escuela, Gastón sintió que estaba siendo protagonista de un suceso extraordinario, de esos que dentro de una centuria hablarían los historiadores. Milei consiguió poco más del 13%. No lo podía poner en palabras, atragantado de felicidad, pero el joven se convenció de que estaba en el lugar justo y en el momento indicado. Algo de razón tenía: tanto en las PASO como en las generales la Villa 31 fue el barrio en el que más votos sacó el novedoso espacio, la comprobación empírica de que el peronismo había perdido la hegemonía electoral en la clase trabajadora y de que, a contramano de las predicciones del círculo rojo, el fenómeno Milei era algo para tomar en serio.

Pero lo que sucedió el día de las votaciones generales no estaba en los planes de nadie. Gastón, como si fuera Carlos Bilardo repitiendo las cábalas, hizo exactamente lo mismo que en las PASO: juntó plata, viajó a Retiro, fue a la Villa 31, fiscalizó, se

sorprendió con el 17,06% de los votos, festejó, se emocionó, cantó, saltó. Pero cuando llegó al Luna Park, el estadio que La Libertad Avanza usó de búnker, toda su alegría voló por los aires. Unos patovicas que estaban en la puerta le prohibieron entrar con la bandera del Partido Libertario colgada en la espalda. Gastón intentó convencerlos: “Había venido de Santa Fe con mi propia plata, fiscalicé todo el día, dejé todo, no podía entender por qué no me dejaban pasar”. Intentó charlar, intento empujar, pero no hubo caso. O dejaba la bandera y cualquier signo partidario o se iba a su casa. Lleno de bronca y con un nudo en la garganta, se fue. Y cuando volvió a Santa Fe lo primero que hizo fue desafiarse.

Esa noche algo comenzó a romperse, a pudrirse desde adentro. Gastón, claro, no lo sabía. Tampoco lo sabían los otros militantes del Partido Libertario —muchos habían ido de Córdoba y de Entre Ríos, además de los de Capital y Provincia— a los que patotearon y no dejaron pasar al Luna Park en aquel momento. De hecho, lo más probable es que ni siquiera Javier Milei lo supiera. Pero esa jornada, la misma en la que el liberalismo festejó la mejor elección que hizo en la historia de la democracia argentina, el espacio comenzó a implosionar. Comenzó a convertirse en exactamente lo contrario a lo que decía ser, a lo que había nacido para ser.

Cuando pasara la humareda, mucho después de aquel acto, de un lado iban a quedar cientos de militantes como Gastón, los convencidos que pusieron sangre, sudor, lágrimas y plata de su propio bolsillo. Del otro iban a estar a los que el propio Milei describe como mercachifles y runflas de la política que viven desde hace generaciones del Estado. Pero lo que nadie podía imaginar en aquella noche triunfal del liberalismo, en la que el economista manifestó por primera vez sus deseos de aspirar a la Presidencia, que el líder iba a quedar de este bando.

* * *

El pus oculto debajo del acto de Milei en el Luna Park fue invisible a la vista, como pasó y pasa con muchas cosas que suceden en el planeta libertario. Gastón, el militante santafesino, no lo hubiera podido ver ni aunque lo hubieran dejado pasar con su bandera.

Sin embargo, si el joven hubiera decidido dejar sus principios en la puerta podría haber sido testigo de un suceso igual de extraño. Fue Jorge Cusanelli, un puntero del peronismo bonaerense que poco tiene que ver con las ideas del liberalismo, el que decidió que ningún distintivo del Partido Libertario entrara al lugar.

“Cachi”, como lo llamaban en los años en que fue una de las figuras del motociclismo nacional, se había ganado de dos maneras su lugar en el armado. Una fue por la sociedad política que tiene con Bernardo Rivera, el dueño de “Todos por Buenos Aires”, un sello de goma de la Provincia que Milei evaluó como plan de emergencia por si su candidatura en Capital tenía algún problema legal y que terminó compitiendo con el aval discreto del libertario. Fue una lista que no superó las PASO pero que llevó de candidata a la asesora y mano derecha del economista, Lilia Lemoine, y que recibió, como todos los otros partidos del distrito, \$16 millones de parte del Estado.

La otra manera fue a fuerza de plata. Durante las elecciones del 2021 “Cachi” pagó de su propio bolsillo la logística y el traslado a los actos, contrató autos, combis e incluso el convoy que Milei usó para su ciclo de “clases abiertas de economía” en el Parque Centenario. El motociclista también repartía sobres de dinero a los popes de la campaña, y en especial a los más cercanos al líder del espacio. “Tomá Lilia, para los viáticos”, le dijo a Lemoine, la secretaria personal del libertario, un día de agosto, mientras le dejaba \$50 mil pesos arriba de la mesa. Y ella no fue la única.

El puntero, además, financió a la seguridad. Los patovicas que no dejaron pasar a Gastón respondían a sus órdenes, que eran muy claras: solo entraban las decenas de banderas que “Cachi” había mandado a hacer, unas con un gigantesco león amarillo sobre un fondo negro que llevaba la leyenda de “Milei”.

Pero Cusanelli fue mucho más que todo esto. “Cachi” fue el paciente cero, el primer caso de la enfermedad que infestó a La Libertad Avanza, la primera persona que nada tenía que ver con las ideas del liberalismo que se ganó un importante lugar dentro del espacio poniendo billetes, sellos, contactos y recursos. Fue el primer caso de ese virus que se devoró a todos los que quisieron hacer las cosas de otra manera, de la manera en que Milei decía en público que había de hacerse. Cusanelli fue el primero. Pero,

como se comprobó con el tiempo, estaba muy lejos de ser el último.

* * *

Del evento en el Luna Park pasó más de un año. Ahora es el verano de 2023, falta cada vez menos para las elecciones presidenciales, y la Ciudad se derrite por el calor. En una estación de servicio, alejada de la vista, espera una de las personas que vio muy de cerca la cara oculta de La Libertad Avanza y que por ese pecado fue expulsado del armado.

La fuente se revuelve en la silla más apartada de la entrada. Tiene enfrente una lata de bebida energizante vacía, un anotador, y unos ojos inquietos que siguen a cada persona que pasa la puerta. No hace falta ser detective para notar los nervios que trae. ¿Qué tiene para decir que lo hace estar tan asustado? A poco de empezar a hablar un hombre de unos cuarenta años entra al bar, y la fuente se agita. “¿Este está con vos? Es del Partido Demócrata”, dice, sin mirar al sospechoso para no llamar la atención, pero señalando con el índice las siglas “PD” que lleva en la remera. Ese espacio había sido uno de los primeros aliados de Milei, aunque ahora estaban en una situación de tensión. Ante la duda, la fuente pide levantarse y continuar la charla en la calle. Al salir vemos de cerca al presunto espía: la leyenda era de la banda de rock británica Deep Purple, que tiene la P más grande que la D y de ahí la confusión. La fuente levanta los hombros y pide disculpas. Vienen siendo meses difíciles, dice.

Caminamos unas diez cuadras y luego hacemos el camino inverso. Para esta altura el calor es directamente insoportable, pero lo que cuenta es una novela atrapante. Un policial que incluye coimas, negociados, aprietes, peleas físicas entre efectivos de la fuerza de seguridad más selecta del país y punteros del peronismo, y, sobre todo, un estado de corrupción generalizado dentro del espacio de Javier Milei.

—Ah, y también hay un barrabrava muy metido— dice, frenando en seco en el medio de la calle y con la mirada seria—. El que era el mejor amigo de Schenkler.

Hago memoria. Alan y William Schenkler eran los hermanos que dirigían una facción de Los Borrachos del Tablón, la barra de River Plate. En agosto del 2007, después de un largo enfrentamiento con otro sector de los violentos que venía dejando heridos por doquier —con una batalla cinematográfica que se conoció luego por los medios como “la pelea de los quinchos”—, instigaron el asesinato de Gonzalo Acro. Hasta hoy, ese episodio sigue siendo considerado el crimen más sangriento de la historia del fútbol argentino.

—Tenés que entender el acto en el Luna Park—, dice la fuente, jugando al misterio pero con un miedo genuino de revelar todo lo que sabe—. Si entendés el Luna Park, entendés todo.